

“LA OSCURA VIDA RADIANTE” (fragmentos)

por Manuel Rojas¹.

(Cap. 5) “Ahí está la Casa de Orates, en la calle Olivos, ¿Olivos de qué? , ¿Monte de los Olivos? , ¿olivos de la paz? , ¿olivos de los poetas y los sabios?, difícil saberlo, olivos en el barrio de la Recoleta, barrio representante de la Cultura del Barro, adobes parados, adobes tendidos, delgados y gordos, chicos y grandes, mezclados con listones o tablas de madera y alambres, barro y paja, con ramas y cañas, muros enquinchados, panderetas de barro y ramas de olivo tal vez, o de laurel o de espino o de guayacán, duran un siglo y entre ellos pueden vivir indios o mestizos, criollos que se creen descendientes de condes o marqueses y extranjeros que saben que no descienden sino de gente que era más pobre y vulgar y plebeya de lo que ellos son ahora; viven, también, en la Casa de Orates, locos, muchos locos, no saben de quienes descienden ni les importa descender de nadie, se han soltado de todo y no les importa el pasado ni el futuro, viven al minuto, en el segundo, todo se les va y todo se les viene, ¿para dónde va todo y de dónde viene todo? ...”

(Cap. 6) “Y allí estaba, en la calle Olivos, cerca de la puerta de entrada de la Casa de Orates: el edificio era pesado, de adobes o de ladrillos, pesado de aspecto, pesado de impresión; parecía un edificio visto en una pesadilla, cerrado, muros altos, sin esperanza ni perspectiva; como el cementerio, la comisaría, la morgue, la cárcel, el hospital, la olla del pobre, todo lo que al chileno, rico o pobre, inteligente o torpe, amenaza o hiere, la Casa de Orates está incorporada al folklore; de la comisaría, de la cárcel, del hospital y hasta de la olla del pobre, se puede salir, pero no se puede salir, absolutamente no se puede salir, del cementerio, de la morgue ni de la Casa de Orates, con el agravante de que en el cementerio y en la morgue se está muerto, más en el primer lugar que en el segundo -siempre que no te hayan hecho ya la autopsia- en tanto que en la Casa de Orates se está de dos maneras: vivo y muerto. Puede uno parecer un toro de exposición, primer premio, medalla de oro, pero en el manicomio lo mismo dará que parezca un gato: está loco, estás loco, ni loco, está picado a vinagre, se le pelaron los alambres, anda con las tejas corridas, con corto circuito, buena cosa de loco, ya te botaste a loco, no te vengas a hacer el loco, no te vuelvas loco, sí, se dicen muchas cosas de los locos y la gente ríe a gritos con los cuentos de locos ... De los muertos muy pocas cosas se dicen; no dan mucha oportunidad, y uno preferirá mil veces morir antes que estar loco. ¿Para qué? Se puede recordar a un muerto con simpatía, no con piedad, pues el muerto ya no la necesita, pero no recordaremos o no pensaremos en un loco con simpatía; la simpatía estará de más, pues ¿quién puede sentir simpatía por un loco? Asimismo, cuando tocas a un muerto, aunque lo sientas frío, adviertes que es suave, no hay ni puede haber en él animadversión ni malas intenciones ni pensamientos de ninguna especie, lo

¹ Nota de los Edit.: Manuel Rojas (1896 - 1973) perteneció a la llamada Generación de 1927, movimiento vanguardista de la literatura chilena del Siglo XX por su orientación superrealistas en relación con la conciencia del hombre y la crítica social. Escribió alrededor de 40 obras, entre las cuales es de interés ahora recordar “Hijo de Ladrón”, “Hombres del Sur”, “Mejor que el vino”, “El delincuente”, “Lanchas en la bahía”, “Travesía”, “La ciudad de los césares” y “Sombras contra el muro”. Fue distinguido con el Premio Nacional de Literatura en 1957.

“La oscura vida radiante” fue publicada por primera vez en Buenos Aires en 1971. Los editores seleccionaron algunos fragmentos de esta obra por su calidad de vívidos testimonios de las condiciones comunes de la Casa de Orates por el segundo decenio del Siglo XX: en una especie de relato autobiográfico, técnica también pesquisable en otros escritos suyos, a través del protagonista Aniceto el autor presenta una trama relacionada con un movimiento anarquista de la época, uno de cuyos integrantes, por haber cometido un asesinato durante alguna revuelta callejera, había sido enviado al patio de reos insanos mentales del Establecimiento luego de ser sobreseído penalmente al demostrarse que había obrado en estado de locura. Aniceto, miembro del mismo grupo político, ingresa a la Casa de Orates caracterizado como empleado de servicio buscando las condiciones para la fuga del criminal. Los fragmentos acá seleccionados forman parte de sus vivencias y reflexiones de la oportunidad, algunas espontáneas y otras surgidas de su interacción con ciertos internos, algún personal auxiliar y un gendarme de turno.

Le edición de donde se extrajo esta selección es la de Zig-Zag, 1984.

conociste o no lo conociste, lo amaste o no lo amaste, pero, al loco, ¿qué? Puedes haberlo amado y hoy le temes, no puedes tocarlo y si lo tocas no tendrás respuesta alguna o tendrás la menos esperada: también está muerto, muerto para ti, en tanto que el muerto está muerto para todos”.

“... Dio una vuelta completa alrededor del edificio: casi una manzana, descascarada y agrietada masa amarillenta de ladrillos, palos parados y alambres y adobes, amarillo de bilis, sin expresión ni gracia, rodeado de calles iguales, también sin gracia ni expresión, casas para vegetar, profundos conventillos, Avenida La Paz, por donde se va o lo llevan a uno al Cementerio General, Santos Dumont, que debe ser un nombre nuevo, quien sabe cómo se llamaría antes, Raimundo Charlín, Rengifo, Fariña, barrio de casas bajas. Recoleta, recoleta de adobes y paja. Sólo el manicomio tenía, en su frente y aquí y allá, tal vez adentro, dos pisos; lo demás era chato. Al pasar frente al muro que daba hacia la Avenida de la Paz, un alambre salió repentinamente del muro; se detuvo y miró. El alambre tenía, en la punta, amarrada con un cordelito, una pequeña bolsa hecha de trapo. ¿Qué era eso? El alambre y la bolsita avanzaron y retrocedieron desde el muro y hacia el muro, el alambre, ya que la bolsita carecía de independencia, y en ese movimiento, rápido, nervioso ...: el dueño u operador del alambre y la pequeña bolsa pedía algo, algo que no podía ser sino dinero, no podía ser sino una moneda o un billete, ya que otra cosa, un pan, por ejemplo, no cabría en aquel recipiente de trapo ni por el agujero del muro ... Dio la vuelta por Santos Dumont y a los pocos pasos encontró otra puerta, aunque ésta no tenía la presencia o aspecto de la otra, era de seguro una puerta de servicio, una puerta para trabajadores y para locos ... por la otra puerta, por la de la calle Olivos, entraban los médicos y los caballeros y las señoras que venían a ver a sus enfermos o entraban también como locos, pues ninguna ley ni biológica ni civil impide que los caballeros y las señoras puedan entrar allí con la cabeza como una olla de grillos ...”.

“Adentro es peor, están los enfermos, decenas, centenas, sentados, de pie, deambulando, acurrucados en los rincones, tendidos en el suelo, transportando canastas o grandes ollas, callados o hablando consigo mismos, vestidos normalmente o cubiertos con mamelucos azules que les quedan cortos o largos, sonriendo hacia el cielo, descalzos, con los pies negros de suciedad, algunos sin nada más que el mameluco... Aquí está el primer loco: es un hombre joven, alto, moreno, bien formado... te sonríe, qué sonrisa, como si viera aparecer el Espíritu Santo... otro más: sentado al pie de un apestado naranjo, acurrucado más bien, con su mano derecha ha hecho un cuenco y habla en él o por él, habla con mucha animación, como si en alguna parte, fuera de allí, lejos de allí, otro ser, un ser que conoce y ama o estima o un ser que no conoce y que ni siquiera existe, sólo existe en él mismo, quizás si en el cuenco que ha hecho con la mano derecha, le contestase, aunque es difícil que le conteste, que pueda contestarle, pues habla sin pausas ni tregua, rápidamente, y con qué placer, le brillan los ojos, tiene los labios cubiertos de saliva, la rapidez con que habla le impide enjugárselos, ¿qué dirá?, sí, ¿qué dirá, cómo oírlo?, ¿quizás haciendo otro cuenco con mi mano?, tal vez no dice nada, sólo mueve la boca, susurra, modula, chamulla, bisbisea, cuchichea, o tal vez dice cosas, ¿qué?, ¿qué puede decir un loco?, ¿cosas de amor, de simpatía, de cariño, recuerdos?, porque parece estimar o querer a quien se dirige; es también un hombre moreno, delgado, vestido con ropas normales, pero con terrible aspecto de desamparado, aspecto que es el corriente aquí, ¿desamparados de qué?, de la inteligencia, se han soltado de la lógica, del razonamiento de cualquier índole, tienen uno propio, del qué dirán, del bien vestir, y no sería malo que uno se soltara de todo eso, de la lógica aristotélica o hegeliana, del razonamiento dialéctico, de la opinión de los demás, del sastre y del dueño de la casa en que vive, no sería malo si uno hallara, en esas condiciones de soltura, a otros que opinaran como uno, pero es que en el manicomio nadie opina como nadie ni tiene nada que ver con el vecino de sala o de dormitorio, eso es, tal vez, el desamparo ... y a éste, ¿qué le pasa?, está a la vuelta de un corredor, mira a lo lejos, tieso el cuello, una mano hacia el oriente y la otra hacia el techo, no se mueve, no mueve ni la mirada ni el cuerpo, ¿desde cuándo está así y hasta cuándo va a estar? ...”.

“Sí, al otro lado, por Santos Dumont; hay un patio de locos y otro de reos’. ‘¿Locos-reos?’ ‘O reos-locos. Algunos mataron a alguien en estado de locura o se volvieron locos luego de matar. Ahí están. Pero

hay de otra clase: estafadores, monreros, pungas, cuenteros. La locura es como la muerte, no respeta a nadie' ... ¿habrá también algún cogotero también? , ¿qué hacen ahí? , lo malo es que algunos son homicidas, lo serán para siempre, reos locos, locos reos, extraña combinación ... a veces la mala suerte convierte al hombre en criminal, lo obliga a matar... a lo mejor soy loco, para qué piensas en tantas leseras, tienes que trabajar, recoger lo que encuentres en el suelo, plata no vas a encontrar aquí, un loco con plata en el bolsillo sería estupendo, tienes que recoger papeles, cigarrillos, puchos, fósforos, trapos, y hasta ahora no he recogido más que un boleto de carro. '¿Tiene un cigarrillo?' Un hombre alto, joven con aire desenvuelto, la cara un poco roja, como sollamada, con algo de desafío en su actitud, mal vestido y despeinado ... 'No, no tengo' ... '¿Ni un puchito?' 'Ni uno'. Lo miró de arriba abajo, como a un pordiosero, y desvió la mirada. Hasta los locos fuman, lo que faltaba ...".

"La lata y la esclavitud tienen su compensación: almuerzo seguro y a hora fija. Los cocineros no serán locos, supongo; si no, quién sabe qué echarían a las ollas. No. Se le había ocurrido, antes de entrar a trabajar ahí, que los locos tendrían buen humor, que serían bromistas y alegres, despreocupados y que él se reiría mucho de verlos; por lo visto, no era así: tenían tanto humor como una gallina y en cuanto a despreocupados se había equivocado medio a medio, tenían más preocupaciones que las que hubiese podido imaginar, preocupaciones sin base, es cierto, y sin tener base no se solucionarían jamás, pero a ellos no parecía importarles que no tuvieran solución y, en el hecho, a mucha gente cuerda le ocurre lo mismo ... La comida no era mala ni era buena, podría algún día, pronto, dejar de comerla y no la echaría de menos; sus compañeros de comedor, en cambio, eran excelentes: en primer lugar, no hablaban mucho; en segundo, eran acogedores, lo miraron al entrar y le sonrieron, le hicieron un lugar y le arrimaron un cubierto y un pan. Comían con resignación, convencidos de que comer era mejor que no comer; masticaban sin entusiasmo, más bien parecían rumiar, y entre trozo de papa y pedazo de pan, los observó: la mayoría eran maduros, serios ...".

"¿Le podía ir bien a alguien ahí? , a todo el mundo le iría como la mona: hasta ese momento aquel lugar le parecía algo así como un basural humano para restos y desechos que nadie quiere, ni la familia, residuos de personas, de personalidades, pero que en una cárcel o presidio, donde también hay restos, residuos, desechos, con la diferencia de que en el presidio o en la cárcel esos residuos y desechos conservan su unidad, saben lo que les pasa, qué han hecho, qué podrán hacer, qué les podrá pasar, hasta los condenados a perpetua saben el pasado y esperan algo, un presidente que quiera aparecer magnánimo y ponga en libertad a algunos, un forado, quién sabe ...".

"Sí -dijo el hombre bajo y rechoncho, con una barba de dos o tres días- ...a mí me pasa lo mismo. Este trabajo no cunde, es como machacar en fierro frío; algunos mejoran, pero otros empeoran, y los que salen buenos vuelven más picados que antes. Hay que tener paciencia' ... 'Nosotros estamos curtidos. No crea. Uno al principio quiere reírse, pero en seguida se da cuenta de que esto no es para la risa y uno se acostumbra y el que está aquí diez o veinte años, ya no sale, está jodido. Los que se van, se mueren, y eso que vivimos muy apenados, siempre compadecidos de todos, del que hay que darle un baño de ducha frío, del que hay que mantener a la fuerza dentro de una tina con agua tibia, chillan como condenados, se defienden, quieren arrancarse, ¿y qué decirles? , no se les puede decir nada, a otros hay que amarrarlos, darles de comer, a uno hay que sacarle una muela, le duele, porque aunque sean locos se enferman, se resfrían, les da pulmonía, y sacarle una muela a un loco es como sacársela a un gato: arañan, y muerden, hay que bañarlos, algunos se cagan y se mean solos, sin sentir' ... 'Yo he visto aquí cosas que no le voy a contar y ojalá no le toque verlas a usted, aunque no tendrá nada que ver con los enfermos; esas cosas me han dejado sin gusto para nada. Y le voy a decir: no se quede aquí, váyase apenas pueda, es joven y encontrará trabajo en otra parte. Váyase'."

"Atravesó la calle Santos Dumont como corriendo y entró apurado al otro edificio del manicomio, una loquería auxiliar ... '¡Para dónde va!' , dijo una voz autoritaria. Era un gendarme, un policía de cárcel o de presidio ... con revólver y todo ... A la derecha, terminado el zaguán, apareció un patio de tierra cerrado por

una reja de alambre de gallinero, los enfermos se veían de pie, sentados, entregados a sus ensueños, a sus repeticiones, a sus delirios; varios estaban tendidos en el suelo ... Avanzó en su reconocimiento y se halló ante una puerta cerrada, tenía una mirilla y miró ... No cabía duda, el patio era un calabozo, uno grande, lleno de reos-locos o de locos-reos; también habría gendarmes ... Un hombre, una sombra, apareció en una de las puertas, se afirmó en los barrotes de la reja y miró hacia el patio, con la misma mirada ... la mirada hacia el desierto, en ese instante hacia ese desierto en que se veían un aseador medio loco y un gendarme que quizás también estaba medio-medio ...”.

“... A este establecimiento hospitalario-carcelario lo llaman manicomio, que debe venir de manía y de comio, maníacos enfermos, enfermos de manía, manía y hospital, u hospital de maníacos, y las manías son los monos, ya le bajaron los monos, está con los monos, monomanía, deberían llamarlo monocomio, se ve tanto mono ahí, llaman mono a todo, a las locuras y a las pilchas, se fue y se llevó a sus monos, ¿tengo monos en la cara?, es un pintamono, no pinta monos sino monas, tiene predilección por el sexo femenino, ¿qué monos pinta usted? , quedó como chaleco de mono ... por más que a ciertos dementes, a algunos de estos u otros, puede no importarles que suenen o no suenen las cadenas y los pasadores, los candados o las puertas mismas, ya están más allá de la idea de libertad, nunca estarán libres de sus monos, de sus recuerdos, de la cara del compañero o de la mujer que mataron ... y salieron los locos-reos y los reos-locos ... deslumbrados, poniéndose las manos sobre las cejas para defenderse de la luz solar, mirando bajos, sonriendo algunos, otros tan indiferentes como si continuaran en el calabozo, quizás no había para ellos algo, una situación, una posición, una luz, un día, una noche, un ser, catatónicos-estereotípicos ... entre todos eran más o menos unos veinte, la mayoría vestidos también con mamelucos, uniformes de locos y de aseadores, otros con deformadas ropas corrientes, algunos descalzos también o calzados con viejos zapatos, casi la totalidad con la mirada hacia-el-desierto, ¿cuántos años de cárcel o de manicomio, cuántos años de demencia, cuántos de homicidas, de monreros o de estafadores, y qué puedes hacer si te es difícil o imposible contestar una pregunta, decir en qué día, mes o año estamos, qué hora es, qué edad tienes, cómo se llamaban o se llaman tus padres o tus hermanos o tu amigo, si vives siempre, en cada minuto, en la mañana, en la tarde y en la noche, como si para ti fuese siempre la hora del crepúsculo, la hora cero, esa hora en que desaparece la luz y nada tiene sombra o todo es sombra, si tus ideas, tus pensamientos, tus sentimientos, pasan por alguna parte de ti, por tu cerebro, se supone, como el agua por un colador, no puedes detenerlas, detenerlos, tu cerebro es como la arpillera o tiene agujeros o poros que se comunican entre sí y dejan escapar todo, si tu capacidad de percibir las palabras o los sonidos, la luz, las órdenes de tu madre, del médico, del capataz o del gendarme, los movimientos, las formas, es una capacidad tan grande como la que puede tener una lapa o un pericote muerto en un incendio de la calle Romero?”.

“El gendarme los miraba como gendarme, más aún como gendarme acostumbrado a verlos a cada minuto, los conocía de meses y años; quizás al principio les tuvo compasión, después no; eran peligrosos, además, y no se puede compadecer a quien en cierto momento, en el más inesperado momento, te echará las manos al cuello y apretará con ganas ... Miró hacia el patio, el gendarme estaba allí mismo, frente al corredor, al otro lado del patio ... se metió al baño y el hedor le pegó en la nariz como con el tarro basurero y despertó en él una bandada de hedores que dormían en su memoria ... ‘¡Bájate!’ , grita una voz en el patio, ‘¡Bájate, mierda!’ , repite, autoritariamente. ‘¡Allá viene, allá!’ , grita otra voz, una voz alegre y como llena de esperanza. La voz autoritaria, que parece querer matar aquella esperanza, no puede ser más que la del gendarme; ¿por qué grita y quién es el otro que grita? ... el gendarme, al pie de la palmera, mira hacia arriba con los bigotes erizados, furioso: ‘¡Bájate te digo!’ , vuelve a gritar, y el hombre subido en lo alto de la palmera calchonuda, casi tocando las mustias hojas, sujeto al tronco con las piernas, grita de nuevo, señalando con un brazo hacia alguna parte, a lo lejos, por encima de los muros y los tejados; parece un marinero avistando tierras o ballenas a la vista, ¡allá viene, allá! ¡Viren a estribor! , sin que nadie más que el gendarme oiga ni preste atención a sus gritos y a sus órdenes. ‘¡Bájate, loco de mierda!’ , ruge y parece querer subir a la palmera. El marinero de mesana baja su voz, la hace suave y dice, mirando desde arriba al gendarme, como explicándole algo: ‘Allá viene’. ‘Sí, viene, ya lo sé, pero bájate’ , grita de nuevo el policía, con voz más suave también, ‘bájate’. Lentamente, el trepador desciende sin dejar de mirar hacia lo lejos lo

que a lo lejos ha visto. ‘¿Qué le pasa a este gallo?’, inquiera el aseador, que se ha acercado al gendarme. ‘¡Loco del carajo! En cuanto nos descuidamos se arranca para la palmera y sube; es como mono. No me importaría que se cayera y se descrestara, lo malo es que nos metería en enredos’, informa el uniformado. ‘¿Y por qué se sube a la palmera?’ ‘Qué se yo. Es la manía que tiene, una de sus manías. Fue marinero y trabajó en un circo, ahí mató a uno. Nunca dice qué es lo que le viene’. El hombre está ya abajo cuando el gendarme termina la respuesta; se acerca al guardián y le dice con voz humilde, mirándolo con ojos suplicantes -tal vez teme que lo castigue- : ‘Es cierto que viene, lo ví’. Es un hombre aún joven, de largos músculos, con un rostro moreno, aire de perdido. La voz desarma al cuidador, que responde: ‘Ya, Juanito, está bien, ándate y no lo vuelvas a hacer’. Apesadumbrado porque nadie quiere aprovechar ni le interesa a nadie la presencia de lo que viene -tal vez el error es suyo: no dice qué viene, si un barco, una ballena, una isla, el bote del capitán- , descalzo, los pies negros, camina hacia su calabozo. ‘Por suerte la palmera está lejos de los tejados -se franquea el gendarme-, si no, este loco se habría arrancado cuarenta veces’ ...”.



Patio central a un costado del Salón Grez, desde donde se divisan los cerros Blanco y San Cristóbal con la Virgen María. Actualmente se conserva con piletas de flores (1924).

